

Título: CUENTA GOTAS, CINCO RELATOS DE MAESTROS Y APRENDICES
 Autor: Gustavo Adolfo Luján Zumaeta
 Edición: 2019
 Perú: Acuedi (Lima)
 96 páginas

Los cuentos del profesor Gustavo Luján suelen rodear el espacio escolar o universitario. Y eso no es fortuito. Son espacios que él conoce bien y que le permiten prolongar, crear y hasta transformar las vivencias de clase. Y el marco de los cuentos es el Perú, sea Lima o alguna provincia, lugares que también -por descanso o trabajo- el educador y pensador Luján ha visitado, conocido y respirado. Ha respirado ese aire cálido y abrigador que es también un aire impregnado de una historia de nostalgia y, a veces, de injusticia, como reconocemos bien los peruanos que nos resistimos a la amnesia voluntaria o a la ceguera conveniente. Fue profesor del Colegio Los Reyes Rojos ubicado en el Distrito de Barranco y trabajó al lado del ya legendario Constantino Carvallo. Fue profesor universitario en la Universidad Científica del Sur y, hoy, lo es en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).

En su libro *Cuenta gotas, cinco relatos de maestros y aprendices* (Acuedi Ediciones, Lima: 2019), el autor nos presenta cinco historias por demás interesantes que cautivan al lector desde sus primeras líneas. A continuación, una breve mención a ellas:

1. Y se fue por las ramas:

Nos habla de un grupo de amigos de la infancia y del barrio que se propone unir esfuerzos durante sus vacaciones escolares, para construir una suerte de “casa del árbol”, espacio privado fuera de la tierra donde podrán ir a verse y matar el tiempo. “No tenían experiencia midiendo, clavando, martillando ni serruchando...tampoco tenían plano, ni siquiera un dibujo o garabato donde se bosquejara la forma cómo debía quedar, pero nada de eso importaba” (pág. 13)

Seguidamente, el autor nos dice: “A veces la estancia se hacía tan divertida que se olvidaban de

jugar el partido de rigor. Percy traía naipes; Paquirri, sus dados para jugar cachito; Felipe incluso su monopolio” (pág. 13). Además de leer comics y jugar pelota en el parque, y esta parte de la historia me invita a preguntar ¿qué juegan los niños hoy? En esta época de tablets y vídeos. Incluso, hay países donde nos quieren hacer creer que comprarle un perro robot a un niño es un gran obsequio.

Pero fue un accidente que “reveló un río subterráneo de enojos, de deudas emocionales acumuladas” (pág. 13) la que terminó separando al personaje de Manolo del grupo de sus amigos. Sigmund Freud decía que a los padres no solo se les amaba sino también se les odiaba. Y este paso del amor al odio ocurrió con Manolo quien, en solitario y presa de la cólera, decide construir su propia casa del árbol. ¿Hasta qué punto la sinergia es mejor que el trabajo individual? “Al cabo de un tiempo, era evidente que su creación era superior al que habían construido juntos” (pág. 13). ¿Puede la ira ser suficiente para potenciar la motivación y la creatividad? Nos preguntamos. Parece que la ira y el odio son menos paralizantes que la envidia.

Pero no pasó mucho tiempo, nos dice el autor, hasta que Manolo comenzó a sentir algo distinto al estar solo en aquel árbol por propia automarginación. Sabemos que el hombre, como ser gregario, tiene la necesidad del grupo; la necesidad de pertenencia es vital, de ahí que el hecho de no ser mirado, no ser reconocido como sujeto vivo y valioso no solamente puede angustiar sino hasta enfermar. Recordemos una de las últimas escenas de la película argentina *El secreto de sus ojos* de Juan José Campanella, cuando el secuestrado Isidoro Gómez le pide a Benjamín Espósito que interceda por él con su secuestrador Ricardo Morales para que se dirija a él, “dígame que me hable” menciona, pues se le había negado la palabra durante los años de encierro en guisa de castigo por el asesinato de su esposa.

“A la mañana siguiente regresó temprano al lugar esperando que llegasen y nada pasó. Había pensado que cuando se diera el reencuentro, él tomaría la iniciativa y, proponiéndoles una tregua, los invitaría a compartir su logrado aposento arborícola, pero nunca llegaron. Era verano, vacaciones, no había colegio y no entendía lo

que pasaba. A estas alturas, su triunfo inicial se había desvanecido. No sabía cómo manejar su inesperada soledad, y menos cómo hacer para que las cosas volvieran a ser como antes. Y efectivamente, nunca volvieron a ser como antes.” (pág. 17)

2. Urpi, entre el viento y la retama

Si el cuento anterior, finalizó dejándonos una sonrisa; pues este, el segundo nos deja con algo de tristeza. Tristeza empática quizá, la historia de Urpi, Huilca y Pedro José. Una historia de amistad, amor, bondad, sacrificio y muerte.

Huilca, que en quechua significa *sagrado*, y Urpi, que en quechua significa *paloma*, son dos indígenas de la sierra que aparecen en esta historia para salvarle la vida al también niño Pedro José, hijo del hispano caballero encomendero Santiago Aguilar, quien por intrépido recorrió un camino peligrosísimo para luego regresar a casa a caballo. Ocurre un accidente y de no ser por los mencionados, le hubiera costado la vida. El profesor Luján nos cuenta del miedo que sienten Urpi y Huilca ante la llegada de los “blancos” por lo que, sin mediar palabras, se retiran presurosos luego de darle los primeros auxilios a Pedro José. Miedo que no es en vano, pues sabemos del maltrato sufrido por el pueblo indígena a manos de los conquistadores desde antaño.

Al igual que en el cuento de Manolo y Rafael, aquí también pasan largos años hasta que Urpi y Pedro José se volvieron a encontrar. Y quizá, como un micro ejemplo de lo que ocurrió en la mezcla de los pueblos hispano-indígenas, Pedro José le enseña a leer español a Urpi y ella, a cambio, le ofrece el conocimiento de las plantas curativas nativas, además de darle camotes, alimento que llega a ser una delicia para Pedro José. Como casi siempre suele ocurrir, meses después, esta amistad se convierte en un amor que logró ser aceptado tanto por la familia del novio como por la comarca de Urpi. Aquí, un detalle de las sociedades, mientras que la decisión del joven Pedro José debía importarle, básicamente a los padres de Urpi, en este caso, abarca casi a todo su pueblo, pues el contexto comunitario está mucho más establecido en el mundo tradicional que en el llamado mundo moderno.

Pero, digámoslo así, triunfa el amor y deciden casarse; luego tienen a Fernando, un hijo mestizo.

Pasado un tiempo, ocurre un incidente en el que Huilca resulta ser el sospechoso de un incendio en uno de los talleres, lo que cambiaría la paz de la familia para dar un giro a la historia hacia un final trágico. Para intentar escapar del corregidor y sus soldados, Huilca decide ir a la Amazonía y para ello recibe la ayuda de Urpi y de Pedro José. Cuando son ubicados en una persecución nocturna, es Urpi la que confunde a los soldados y corre en dirección contraria vistiendo el poncho y el chullo de su amigo. Al ser vista, es asesinada de forma cruel. Y es que “la piel de un indio no cuesta caro”, como bien lo sabe Pancho, el personaje del cuento de Julio Ramón Ribeyro.

Como suele ocurrir, esta historia es narrada por un anciano del pueblo. Los ancianos han tenido la tarea – antes de que existiera Wikipedia o Discovery Channel – de contar la historia, de sentar las bases de lo pasado. De construir las columnas sobre las que se apoya el presente.

3. El regreso del Cangrejo

La historia de Idelfonso Galindo, alias “Foncho”, un compañero ciertamente diferente. Un individuo, ahora diríamos sin *habilidades socioemocionales*, rígido en su forma de pensar, literal en su manera de entender las conversaciones y acomplejado por su gran altura. Expulsado de un colegio, llega a uno nuevo donde nunca llega a adaptarse del todo. Sobredimensiona los hechos, los malinterpreta y hasta tiene un tinte paranoico. El autor nos cuenta cómo Foncho se enamora, pues ni los trastornados escapan de esto y, en su caso, el proceso de “caerle” a Natalia, su compañera de aula, termina mal. “En nuestra escuela, para ser respetado en el colectivo adolescente y no formar parte del consorcio de nerds, era indispensable tener todos o por lo menos uno de los poderes determinantes: poseer el aspecto físico necesario para ser popular con las chicas; ser una fuente permanente de irreverencias, chanzas y palomilladas; o destacar con alguna habilidad socialmente respetable como jugar bien al fútbol u otro deporte colectivo, ser músico talentoso, diestro dibujante, hábil bailarín o quizá un improvisador natural de verbo florido.... Por supuesto que el ser estudioso no era necesariamente

algo valorado, salvo que el chancón aceptara soplar en los exámenes. Pero incluso ahí, entre los discriminados, entre los freaks, Foncho era distinto a todos. Era deficiente en todas las materias escolares, salvo en una: álgebra.” (págs. 42-43)

Y seguidamente, señala: “El color de piel en nuestro grupo escolar, como era de esperarse, jugaba un rol importante, y Natalia era de tez blanca, delgada, ojos claros y cabello rubio. Luego, no necesitaba “blanquearse” con modos impostados ni tampoco ir por la vida demostrando o afirmando el color de su piel o su clase social. Su apellido, Albretch, denotaba el origen extranjero de su familia, y eso ya era un punto a favor en la valoración de un colectivo arribistón de chicos y chicas mayoritariamente mestizos, llenos de taras y complejos, como el nuestro.” (pág. 43). Lanzamos aquí la pregunta ¿qué colegio puede escapar de este diagnóstico? Pocos. El colegio que retrata el autor bien puede ser uno de los nuestros.

Ildefonso dejaría el plantel el mismo día que, tras una broma cruel y, luego de sufrir un arrebato con colapso nervioso añadido, partiría sin que vuelva a conocerse su paradero. Y así, efectivamente, este alumno con cierto parecido a las personas con asperger, no pudo adaptarse a un salón con diferentes tipos de desadaptación. Pero la de él era más evidente, menos solapada, más visible.

Cuarenta años después, mientras esperaba el tren, Foncho volverá a ser visto, ya mayor, flaco, alto y desgarrado, muy cerca a los rieles del tren y con su texto de Baldor bajo el brazo, el mismo libro que trabajó cuando era alumno. ¿Señal de la misma rigidez? ¿Qué tanto cambiamos con el paso de los años? ¿Qué nos permite cambiar la edad y qué más bien se fija con los años? ¿Seguimos siendo los niños de siempre solo que de mayores nos comportamos mejor en público?

4. Ucronía

Según la RAE ucronía significa “reconstrucción de una historia sobre datos hipotéticos”. La llaman también, en literatura, *novela histórica alternativa*. La ucronía especula sobre realidades alternativas ficticias, en las cuales los hechos se desarrollan de forma diferente a como los conocemos. Algo parecido se ve en la película de Tarantino llamada “Bastardos sin

gloria”. La expresión ¿qué hubiera pasado sí...? nos abre a un ejercicio de hechos y de nuevas posibilidades.

Los hechos transcurren en un ambiente universitario y son contados –en primera persona– por el profesor Alfredo. Una introvertida y buena alumna llamada Maritza es instada, casi obligada, a realizar un trabajo grupal (ella había solicitado hacerlo sola) y ante la negativa del profesor a su pedido, logró hacerlo en equipo, así que una cosa fue causa de otra y terminará enamorándose de su compañero Diego con quien tendrá una hija de nombre Tania. Luego, ella abandona la universidad y viaja a Bolivia para que Diego pueda trabajar en la veterinaria de su tío. “Al escuchar eso Alfredo sintió un golpe en el pecho. Antes, en el ciclo anterior, cuando observó el declive de Maritza en su desempeño, ya se había planteado íntimamente la incómoda pregunta sobre cuanta responsabilidad tenía él en la situación de Maritza. Sin reconocerlo de forma consciente, había ya en su fuero interno la ucronía de pensar cómo habrían sido las cosas si no la hubiese obligado a insertarse en el grupo de pares en el que conocería a Diego. Quizá, pensaba, que, si hubiera sido más tolerante, nada de eso hubiese ocurrido, y Maritza estaría logrando sus metas en la universidad. Quizá ella y el mismo Diego hubiesen terminado sus estudios y así labrarse un destino mejor.” (pág. 62). De pronto el profesor erró al considerar que por maestro o por adulto, o por ambas cosas, sabía lo que era bueno o le convenía a la estudiante. Y eso ahora le pasaba una factura emocional: “al escuchar eso Alfredo sintió un golpe en el pecho” (pág. 62) ¿quiénes somos los docentes para decirle a las personas lo que es mejor para ellas?

Seguidamente, el autor de este libro nos habla del narcisismo y la vocación mesiánica de Alfredo como razón de esa obligación que impuso a Maritza y que hoy, a la luz de los hechos, le generaba una fuerte culpa. Pero, ¿es Alfredo a su vez responsable de la seguidilla de hechos fortuitos que se sucedieron desde que Maritza se enamorara de Diego? A saber: disminución en las calificaciones, quedar embarazada, dejar la universidad, viajar a Bolivia. ¿Cuánta responsabilidad tiene él? Y sin ser como Alfredo ¿cuán responsables somos los que ejercemos la docencia de las decisiones y el futuro de las personas? En este texto, hay una lectura ética del ejercicio docente. ¿Cuál

es el límite entre guiar, acompañar, sugerir, enseñar y entrometerse, obligar, forzar a algo porque pensamos que es lo mejor para ese estudiante, para esa persona? Probablemente, los extremos –imponer rígidamente y dispensar en todo momento, no nos conduzca a grandes metas. Pero no solo por ese detalle, es que el cuento nos lleva al diálogo ético. ¿Debe Alfredo incumplir el reglamento institucional para ayudar a Diego y así pueda regresar a terminar sus estudios en Lima? ¿Sino, qué importancia tendrían los reglamentos? ¿Puede por encima de una norma estar un fin superior? ¿Es éste el caso? ¿Acaso el bienestar de una familia, Maritza, Diego y Tania bien valen hacer un oportunista pie de página en el código normativo de aquella casa de estudios? ¿Qué es lo que mueve a Alfredo a pensar en estas posibilidades? ¿Acaso la viviente culpa o la dimensión moral exclusiva? El desenlace es inesperado y fatídico.

5. Las manos en la masa

El quinto y último cuento del libro nos retrotrae en el inicio, a la época del terrorismo senderista en provincias, durante los años ochenta. Al leer el cuento, imaginamos la columna asesina bajando por la quebrada para matar y secuestrar a las niñas y jóvenes; y a Héctor, muerto de miedo, ocultándose para huir de todo eso y alejarse para siempre de su terruño, de sus amigos y de su familia; quizá de una gran parte de todo aquello que le da sentido a la vida. A pesar del amor materno, doña Felicia lo conmina a irse, debía huir o no sobreviviría ante la amenaza de una nueva incursión criminal.

Humberto Campos o simplemente Beto, el protagonista del cuento y hermano menor de Héctor, se queda en casa sin siquiera poder hablar de lo que había ocurrido con su hermano. La madre había decretado una prohibición: jamás volver a hablar de Héctor. Pensamos en lo difícilísimo que debe haber sido para todos, en especial para los más jóvenes, no poder hablar de eso. Desahogarse, llorar, quejarse, apoyarse entre todos como familia. Tuvieron que “atorar” o reprimir ese dolor, como suele decirse en psicología. Se sabe que no todas las personas tienen la posibilidad de tramitar una experiencia de esa manera.

“Así pasó el tiempo, años sin mencionarlo y sin saber nada de él. No había siquiera fotos familiares,

hasta su ropa desapareció. Beto, con el tiempo y la rutina, llegó a pensar que su hermano nunca existió, que solo fue parte de un sueño” (pág. 70). Se acerca así el autor, quizá sin buscarlo, a ciertas especulaciones clínicas sobre lo que bien puede predisponer a algunos niños a un cuadro lento y larvado de confusión psicótica. Pero en el caso de Beto, esto no ocurrió y viajaría tiempo después a Lima a estudiar y ganarse la vida junto a su tío Paco. Luego de cuatro años, con un hijo de su relación con una chica llamada Silvana, llegaría el desempleo y la desesperación. Las cosas no habrían resultado tan prometedoras como doña Felicia había pensado.

Luego de vender cachorros a buen precio y ganar un dinerito para salvarse a duras penas del hambre, decide arriesgar y, así, junta algo de lo que había obtenido en su trabajo para viajar a Europa a hacer música. Beto tocaba la quena muy bien y, junto con dos compañeros más, podrían llevar la música latinoamericana hasta Suiza. Un amigo suyo vivía, y nada mal, desde hacía un año, tocando en plazas, calles y restaurantes. “Mira, lo importante aquí –le dice Beto a Silvana- es que salgamos de esta miseria. Lo que pienso es que yo me instalo en un lugar seguro, me estabilizo y luego, Luisito y tú van para allá.” (pág. 77). Ese era el plan. Llegar a un lugar mejor, con más chance para todos.

Y ocurrió que luego de agenciarse la bolsa de viajes, sacar los papeles requeridos, atravesar el vía crucis para muchos peruanos en las oficinas de migraciones de los países del primer mundo, Beto se encuentra en la ciudad de Basilea y junto a Felipe, un guitarrista argentino y José Luis, un charanguista chileno, emprende la odisea de ganarse la vida por allá. Pero ocurrió algo que marca una diferencia no menor entre un suizo respetuoso y un peruano avivado. Gustavo Luján lo cuenta bien: “Sucedió en el tranvía. Beto, acostumbrado a la informalidad, no tomó en cuenta la norma de convivencia básica de una sociedad de bienestar, es decir, respetar los acuerdos, las reglas. El costo de un boleto era mínimo y los tiquetes se recababan depositando el dinero en unas máquinas expendedoras situadas en cada paradero. El hecho es que uno subía al tranvía, viajaba y al llegar al destino no entregaba el ticket a nadie. No era necesario, toda vez que para los suizos era inconcebible que alguien usara

el servicio de transporte público sin pagarlo. Al notar ello, a veces Beto pagaba el pasaje, pero en algunas ocasiones subía sin hacerlo. Con el tiempo se volvió recurrente que usara el servicio sin pagar, asumiendo que, como nadie se lo pedía, era un desperdicio cumplir con la norma. Pero uno de esos días rutinarios, cuando viajaba a la estación para tomar el tren que lo llevaría a la ciudad cercana donde habían acordado encontrarse para tocar subieron dos inspectores de transporte vestidos de civil a pedir los tickets y Beto no tenía. Los inspectores le indicaron que debía pagar una multa de quinientos francos suizos en el acto. Beto tampoco tenía el efectivo. Le pidieron su documento, el pasaporte, y le dijeron que debía acompañarlos al puesto policial. El resultado fue terrible. No había pasado ni tres horas desde su detención y ya, sin poder recoger nada, ni su ropa, sin que Margot (donde se alojaba) pudiera hacer nada para evitarlo, Beto estaba en el aeropuerto, deportado, subiendo a un avión rumbo a Lima, en un vuelo comercial con escala en Caracas.” (págs. 84-85). Pero Beto tuvo una segunda oportunidad y, como había demasiados músicos callejeros, acepta entonces una invitación para trabajar en una panadería. No es casual que aceptara, recordemos que el cuento inicia con el recuerdo de su mamá preparando el pan a la manera tradicional, con las manos y el mortero.

Como buen “mil oficios”, ingresa a la panadería donde debe aprender a usar las sofisticadas máquinas, pues al ser un panificador artesanal, todo le parecía tecnología extraterrestre. Pasaron los meses, aprendió a usar la computadora, los brazos robóticos, a diferenciar un mando de otro, un botón de otro y quizá un golpe de suerte volvió a moverle “su tablero existencial” como nos dice Luján (pág. 91): la central nuclear que proporcionaba energía dejaría de funcionar por unas horas, tiempo perdido para la empresa que no podía darse el lujo de esperar el regreso del fluido eléctrico y es ahí cuando Beto “el peruanito”, como le decían, con convicción e iniciativa propone realizar el trabajo de manera artesanal, pues él es un experto. Ante la duda inicial del administrador, Beto no solo preparó los baguettes y croissants a tiempo, sino que los hizo deliciosos, de manera que el administrador le ofreció el puesto de jefe de taller de panificación, pero de la tienda más grande y principal de la ciudad. El autor nos define el término suerte de la siguiente manera: “un flujo interminable de oportunidades que

solo un espíritu preparado las ve y eventualmente las aprovecha”. Compartimos esa definición. Y vaya que Beto la aprovechó.

La buena noticia llegó a oídos del Gerente General, quien solicitó una reunión con Beto. Al día siguiente, Beto ingresaría a las oficinas del Sr. Héctor Brockman, quien luego de saludarlo le contó su propia historia. No se llamó siempre Héctor Brockman, sino Héctor Campos y, cuando aún era un adolescente, había tenido que dejar su sierra peruana –escapando de los terroristas- para ser adoptado por una acomodada familia suiza que lo acogió y donde hizo su vida. ¿Qué diría Carl Jung ante tamaña casualidad?

De polladas, quenás, miseria, perros chuscos pasados por perros de raza, racismo siempre latente, trabajo duro, sacrificio, suerte y coincidencias muy curiosas, nos habla el autor, en esta última historia.

Colofón:

El texto del profesor Gustavo Luján puede enriquecer la mirada de los(as) psicólogos(as), maestros(as) sobre la educación, la infancia, las oportunidades, la enseñanza, el aprendizaje, la autoridad docente, las decisiones, la amistad, entre muchas otras temáticas. Sugerimos su lectura como parte del estudio social y del quehacer psicoeducativo.

Manuel Arboccó de los Heros
Universidad Femenina del Sagrado Corazón Lima.
Perú
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8481-310X>
Marboccod@unife.edu.pe